

Las enchiladas de Catalina

Carla Nevárez

“¿Cuántas enchiladas quieren?”, grita mi mamá. Pronto oigo a unos diciendo que tres, otros cinco, unos siete y hasta nueve piden. Todos están sentados, pacientemente, alrededor de la mesa esperando que estén listas las enchiladas. “¿Recuerdas cuando mamá se ponía a hacernos enchiladas?”, le pregunta mi tío a mi madre. Todos se quedan quietos y callados, con la cara muy pensativa, y aunque no lo digan, sé que el recuerdo de mi abuela se les viene a la mente.

Se empieza a oír el aceite en la sartén, y mi mamá echa una tortilla tras otra para poder hacer rápidamente las enchiladas. Cada plato parece un pastel, una tortilla tras otra, cada una con bastante queso encima. El aroma del chile colorado penetra toda la cocina y con el aroma vienen los recuerdos de mi abuela. “Mi mama duraba horas parada enfrente de la estufa haciendo las enchiladas a todos sus nueve hijos”. “¿Recuerdas cuántas nos comíamos hermana?” dice mi tío y pronto todos sueltan la carcajada. “Yo pedía como diez, y tú a veces catorce; la pobre de mamá se acababa todas las tortillas y la barra de queso en un día”, contesta mi madre.

Todos esperamos a que todos tengan su plato de enchiladas para empezar a comer. Yo siempre pongo los vasos y preparo un agua fresca o saco sodas para todos. Mi madre empieza a pasar los platos de enchiladas a la mesa, y esperamos que todos tengan su plato para empezar a comer. Rápidamente nos devoramos las enchiladas, y terminamos con los ojos llorosos de lo picoso del chile colorado.

Cada vez que le pregunto a mi madre o tíos cuál es su platillo favorito, me contestan que las enchiladas rojas, porque también era el platillo favorito de mi abuela. No importa qué fecha sea, o dónde estemos, es una tradición en mi familia preparar enchiladas rojas, porque representan quiénes somos y de dónde venimos, y traen recuerdos de mi abuela Catalina.